

causaran los valientes defensores del Convento de Churubusco.

Á las tres y media de la tarde había terminado todo en el sombrío Monasterio, habiendo tenido nuestras fuerzas una pérdida de 139 muertos y 99 heridos, la mayor parte artilleros, quedando en poder del enemigo tres generales, 104 oficiales y 1,153 soldados prisioneros; habiendo perdido aquél, entre muertos y heridos, 21 oficiales y 245 soldados.

Poco después de que cayó Churubusco, la División de voluntarios Shields que se había dirigido sobre Portales, tomaba este punto, después de un desesperado combate, retirándose sus escasos defensores rumbo á la garita de San Antonio Abad, donde, horas antes, habían llegado parte de las tropas de Santa Ana y los restos que defendían el puente.

Las tropas americanas perseguidoras continuaron su avance victorioso por la calzada, hasta aproximarse á la garita, donde las contuvo el fuego de nuestros infantes, retrocediendo la columna á incorporarse con el grueso del ejército norteamericano.



XVII

MOLINO DEL REY



El capitán Lucas Balderas.

XVII

MOLINO DEL REY

Después de los combates del 20 de Agosto, ambas fuerzas beligerantes se sintieron con tal quebranto y fatiga, que, tanto por parte del general Santa Ana como por la del general Scott, se revolió solicitar una suspensión de hostilidades, con el pretexto de deliberar acerca de las condiciones de un Tratado de paz. Por fortuna para el honor de nuestras armas, el jefe americano se adelantó, enviando al Ministro de la Guerra, general Alcorta, una nota en la que, lamentando profundamente los horrores de la guerra inhumana que se hacían dos Repúblicas hermanas, creía que era tiempo de que sus diferencias se arreglasen políticamente, á cuyo efecto pedía un corto armisticio durante el cual podriase tratar amigablemente.

Y después de algunas discusiones entre los comisionados de los beligerantes, quienes se reunieron en Tacubaya el día 22, se firmó un convenio, en el que se estipulaba la cesación absoluta de las hostilidades en 30 leguas á la redonda de México, continuándose el armisticio por todo el tiempo que durasen las negocia-

ciones de paz ó hasta que el jefe de alguno de los dos ejércitos avisase formalmente al otro de la cesación de aquél, y con cuarenta y ocho horas de anticipación al rompimiento de las hostilidades; la prohibición absoluta de levantar obras de fortificación ofensivas ó defensivas entre los límites convenidos, la de que los ejércitos se reforzasen, debiéndose detener todo refuerzo, excepto los de víveres á 28 leguas de distancia del Cuartel General; la de avanzar los respectivos ejércitos sus destacamentos é individuos de la línea que entonces ocupaban, á no ser que condujesen ó se presentasen con bandera de parlamento, yendo á asuntos para que estuviesen autorizados por el mismo armisticio.

El artículo 7º fué para nosotros una ignominia, pues en él se le permitía al Ejército Invasor proveerse de víveres y recursos en la misma ciudad de México. Esto causó trastornos posteriores que aceleraron la ruptura del tratado pacífico.

En efecto, apoyándose en dicho artículo, penetraron hasta las calles principales de la ciudad más de cien carros del ejército enemigo para sacar dinero de algunas casas comerciales y proveerse de víveres frescos en el Mercado. El pueblo se indignó, muy justamente, de que el inicuo Invasor, causa de tantas desgracias para la patria que había derramado la sangre de sus hijos, entrara tranquilamente á abastecerse para regalarse, á la misma Capital de la República á la que había ultrajado y á la que amagaba con un golpe de muerte. Tomóse á traición de Santa Ana aquel acto y se revolvió furioso el indignado pueblo contra los carteros del enemigo, apedreándolos. El Gobernador del Distrito intentó reprimir el tumulto con la fuerza

pública; y he aquí que los *lanceros* mexicanos vuelven sus armas contra el pueblo defendiendo al Invasor!

Á duras penas y sólo por la pacífica persuasión del general Herrera que arengó al pueblo, manifestándole que el valor no se muestra con *gritos* y *mueras* ante inermes, — sino en el campo de batalla, frente á los adversarios armados, — se logró calmar la indignación pública.

Las negociaciones de paz no daban resultado alguno, pues los comisionados norteamericanos tenían pretensiones exorbitantes en abierta pugna con nuestro decoro nacional.

El día 6 de septiembre, recibió el Presidente Santa Ana un oficio del general Scott en el que éste manifestaba orgullosamente que consideraba violado el armisticio por parte de México y declaraba rotas las hostilidades, si no recibía al instante satisfacción y reparación. ¡Era de nuevo la guerra! Las bandas militares tocaron Generala, y las campanas á *rebato*, continuándose los aprestos de resistencia, reforzándose las guardias de las garitas, en tanto que el ejército americano que ocupaba Tlalpam, Coyoacán y Tacubaya, era movilizado para avanzar sobre la Capital.

El objetivo del plan del enemigo, consistía desde un principio, en abrirse paso por el Poniente, después de nulificar las posiciones de Molino del Rey, Casa Mata y Chapultepec. El general Scott creía que en la primera de aquellas posiciones tenía el ejército mexicano un gran acopio de elementos de guerra y sobre todo abundante existencia de sacos de pólvora.

Además, teniendo en cuenta que el ataque sobre la Capital era decisivo si se dominaba el Oeste, — relativamente más fácil de ocuparse, desprendiéndose las

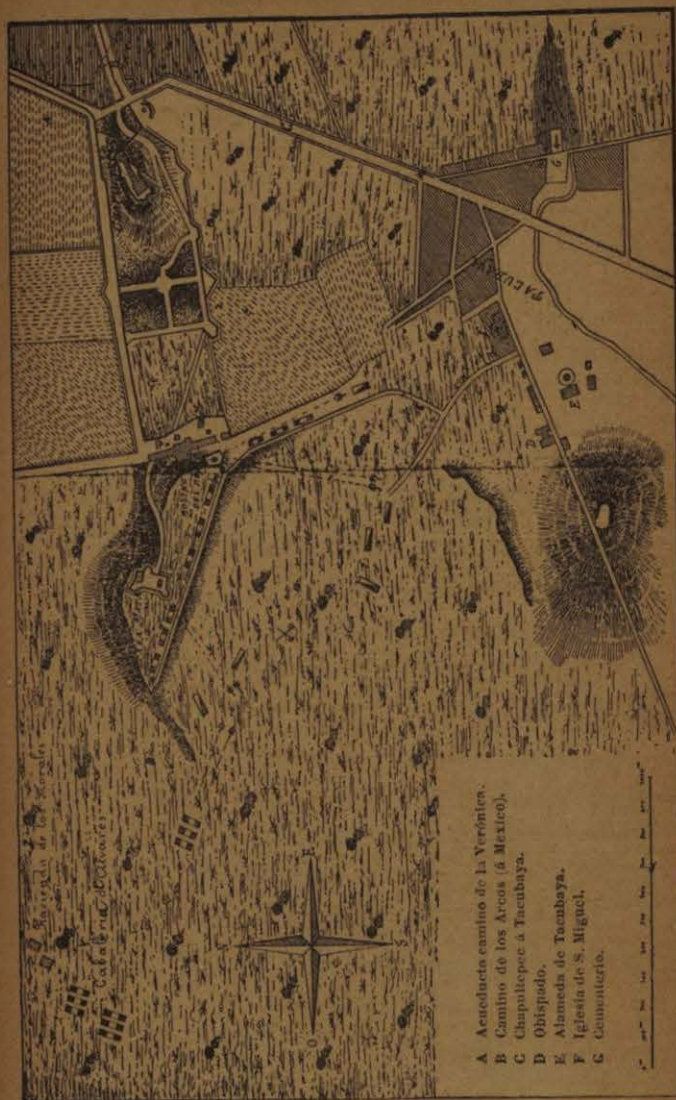
columnas americanas de Tacubaya, — que las que se lanzaran contra San Antonio Abad, en el Sur, Scott hizo dirigir todo su impulso sobre el rumbo indicado, tanto más cuanto que á su vez el general Santa Ana, rotas las hostilidades, dirigió su vista hacia la región amagada tan especialmente por su adversario.

Éste avanzó desde el día 7 sobre la línea de batalla que con gran pompa militar fué estableciendo Santa Ana en los campos de Molino del Rey, Casa Mata, Los Morales y Anzures.

Nuestras tropas ocuparon tras del bosque de Chapultepec el edificio de Molino del Rey, dividido en dos secciones por un acueducto que ofrecía un buen abrigo atrincherado á los defensores. Parte de la finca constituía el fuerte molino del Salvador, ligado por la línea del acueducto, con un antiguo molino de pólvora, dentro de cuyo edificio se construían cañones. Al Norte de esta línea, cuyos extremos eran dos construcciones de tezontle y cantería, estaba la calzada de Anzures, que quiebra al Oriente, en tanto que al Sur limitábase el frente dicho, con los muros y cercas lejanas que veían á los campos y lomas de Tacubaya.

Al N. O. de los molinos había otro edificio aislado, Depósito de pólvora (la Casa Mata) — rodeábale un foso pequeño y varias líneas de chaparros parapetos. Sobre la extensión que abarcaba estas posiciones, en torno de algunas millas, alzábase la cresta más alta del castillo de Chapultepec, cubriendo defensivamente la región occidental con los agresivos fuegos de sus cañones.

Y he aquí cómo Santa Ana cubrió su línea de batalla para impedir el avance de las columnas americanas, que sabía iban á apoderarse de la fortificación mexicana avanzada de *Casa Mata* y *Molino del Rey* :



Croquis de la batalla del Molino del Rey.

En la izquierda, sobre los molinos, hizo colocar la brigada del general León, compuesta de los batallones de *Guardia Nacional: Libertad, Unión, Querétaro y Mina*.

Á la mañana siguiente se reforzó esta guarnición con otra Brigada. El 4° *Ligero* y el 11° de *Línea* ocuparon la *Casa Mata* en el flanco derecho, en tanto que en el centro, entre ambos molinos, tras de zanjas y magueyales compactos, se situaba la Brigada del general Ramírez, con cuatro batallones, apoyando fuertemente una batería de seis piezas.

La *División de caballería* compuesta de 4000 caballos se situó á tiro de cañón de *Casa Mata*, con orden de estar á la expectativa de la batalla, para caer en el momento oportuno sobre el flanco izquierdo del enemigo, en el acto de empeñarse la refriega con nuestra infantería.

La reserva formada por el 3° *Ligero* y el 4° de *Línea*, quedó en el bosque de Chapultepec, pernoctando parte de estas fuerzas en la cima del cerro, al mando del coronel Echagaray.

Pero la batalla que esperaba Santa Ana para el día 7, en la parte occidental de México, no se verifica; y creyendo que Scott ha escogido el Sur, — arrojando sus columnas de Tlalpam, Coyoacán y Churubuseo, sobre la garita de San Antonio Abad, — desguarnece en la noche del mismo día 7 la línea de batalla que defiende el Poniente de la Metrópoli, desmembrando el robusto brazo, — bien armado antes y presto á la pugna, — para fortalecer el Sur. ¡Esto fué el penúltimo desastre!

¿Á qué retirar de la potente línea de batalla del *Molino del Rey* y *Casa Mata*, apoyada por los fuegos de *Chapultepec*, fuerzas que deberían ser el alma de una resistencia heroica, alentando con su sola presencia

las filas mexicanas, y á qué, sobre todo, dejar sin sostén la batería central, bajo el pretexto de que iba á ser atacada, allá..... hacia San Antonio Abad, la puerta que cerraba ante México la calzada meridional, y por qué tantas vacilaciones y contraórdenes delante de un enemigo que ostensiblemente embestia cierto rumbo de nuestra plaza? ¿por qué semejante cúmulo de disposiciones militares?.....

Nadie lo pudo comprender entonces. ¡ De nuevo resurgió la frase siniestra, el eterno anatema que para colmo de catástrofes se desplomaba flamigeramente sobre el Director de los destinos de la Nación mexicana... brotó de nuevo dantesca y trágica la palabra ¡ traición! ¡ traición! Y no hubo tal traición: fué que se acumularon terribles causas precedentes, atroces, sociales, para determinar en el ejército mexicano, siempre valiente y siempre abnegado, el punto final de la última derrota que fuera al mismo tiempo claro de luz de gloria, cerrando la triste Epopeya de la Invasión Norteamericana en México!....

La brigada del general Worth destacó sus oficiales de ingenieros por entre las lomas de Tacubaya, frente á nuestras posiciones, y ya en la madrugada quedaron instaladas sus baterías cuyos cañones habían de sostener el combinado ataque de cerca de 4000 americanos, bien armados y cubiertos por nubes de ligeros dragones; teniendo á su retaguardia aquella masa impulsiva, confiada en el triunfo, fuerte y rauda, considerables sostenes y reservas, flor y nata de las tropas veteranas enemigas.

Las fuerzas del Jefe Worth fueron sostenidas por tres compañías de dragones, amén de dos piezas de arti-

lheria de sitio de á 24 y por otra brigada ligera americana, repartiéndose las columnas enemigas en un frente considerable en el que jugaban más de 3 500 rifles, ocho piezas de artillería y 400 caballos. Era que habían aumentado su fuerza de ataque en tanto que nosotros lo disminuíamos, como ya está indicado.

Á las primeras claridades del día 8, saludaron nuestro campamento, rompiendo fuegos sobre el Molino, la batería enemiga. Á derecha é izquierda fueron avanzando hábiles tiradores americanos hacia nuestras líneas, protegidos por aquella su potente artillería. Los cañones que coronaban las crestas de Chapultepec y la batería que ante los molinos, oculta tras el magueyal activaba sus descargas, respondieron ferozmente al estupendo fogonear de nuestro adversario.

Este batió con sus cañones de Duncán la Casa Mata, disponiendo otros para enfilarse su izquierda, hacia donde podía aparecer la caballería nuestra del general Álvarez, quien, como sabemos, tenía orden de acometer el flanco izquierdo enemigo en el instante en que cargara sobre nuestro frente de batalla.

Después de largos despliegues de las secciones beligerantes que maniobraban en sus respectivos campos para formar sus columnas de asalto; después del intenso rebramar de las baterías americanas sobre los molinos del Salvador y la Casa Mata, destácase una columna de infantería enemiga, que lentamente y ladeando pequeñas lomas se aproxima á tomar nuestra batería del magueyal. Resistieron con sus fuegos los bravos batallones que cubrían las azoteas de Molino del Rey y Casa Mata y algunos de los tiradores que se defendían tras las ruinas de los edificios cercanos ó ante los muros del acueducto y los relieves ásperos y ondulantes del terreno.

Pero nuestra batería, que no tuvo próximo sostén, no pudo resistir el empuje de la columna enemiga, y pronto perdió sus cañones, no obstante la resistencia que hizo el 3º Ligero, tras el acueducto. El americano avanza sostenido por los fuegos de su batería ligera, cubriendo su frente con la poderosa y terrible línea volcánica de sus mejores rifleros, siguiendo á esta columna de asalto, dos batallones de reserva.

Detúvose toda esta masa ante nuestros fuegos de cañón y fusilería, en tanto que eran amagadas las posiciones extremas del molino del Salvador y Casa Mata, jugando sin cesar contra el centro enemigo la línea occidental de los cañones de Chapultepec.

El primer asalto de la columna americana fué tan impetuoso y tan hábilmente preparado, que después de haber roto su fuego último para llegar á bayoneta á la batería mexicana volteó nuestros cañones, entre hurras furiosos y delirantes, llevándoselos á toda carrera, ya que nuestra lejana infantería del acueducto y de los molinos era insuficiente para evitar aquel fracaso.

Al mismo tiempo, otra columna norteamericana cargaba fuertemente sobre el molino del Salvador, á la derecha, protegida por gruesos cañones, en tanto que otras fuerzas amenazaban nuestra izquierda, siempre asegurados los adversarios por la enérgica sugestión de su relativamente poderosa artillería.

Ahora volvamos á contemplar la terrible columna de asalto que arrancó nuestros cañones de la batería central, entre Casa Mata y Molino del Rey.... Se apodera de nuestras piezas, y ya las lleva en son de triunfo, cuando tras los victoriosos enemigos carga á paso veloz el batallón del general Echagaray que en Chapultepec permanecía de reserva..... Carga el valiente

Cuerpo, y el adversario acosado á retaguardia vuelve caras, tiende sus tiradores ante pequeñas columnas que se lanzan sobre las nuestras á bayoneta, mas retroceden..... y extendido otra vez en amplia faja el combate de fuego y arma blanca, logran nuestras banderas bellos triunfos... Las columnas de Echagaray y Balderas arrancan entre la refriega los cañones que nos habían tomado los americanos, y allá en la Casa Mata, al mismo tiempo se rechazan las otras columnas asaltantes, varias veces..... Las baterías enemigas prosiguen un nutridísimo fuego apenas contestado por los cañones de lo alto de Chapultepec..... ¡ Era la revancha!

Allá, tras de las lomas de Tacubaya, bien cubierto su frente por éstas, el general Scott dirige la batalla, y notando la debilidad de nuestro centro, que reforzara espontáneamente el 3º Ligero, hace cambiar el frente de ataque; llama á sus reservas, ordenando que vengan en su apoyo otras fuerzas de Tacubaya, y dirige entonces tres nuevas columnas de asalto hacia nuestras posiciones, lanzándose la primera, formada por la brigada del general Cadwallader sobre los molinos, la segunda sobre el frente de la Casa Mata (donde el general Scott creía encontrar gran acopio de material de guerra) y la tercera para envolver el Norte de la misma Casa Mata. Su caballería se agrupó en su flanco izquierdo dispuesta á resistir el empuje de nuestros escuadrones, apoyada por dos piezas ligeras.

Mientras así se rehacía el enemigo de su descalabro, nuestros cuerpos volvieron á sus posiciones, tras los molinos, en los acueductos y las azoteas, colocando los más diestros tiradores ante las lomas, zanjas, matorrales y asperezas..... ¡ Y carga otra vez el adversario; precipitanse de nuevo sus columnas ante una nube de

fuego, amparadas por el estruendo mortífero de sus baterías sobre nuestras líneas, á las que sostiene el redoblado estampido del cañón de Chapultepec..... El combate se desarrolla más intenso, más desesperado y sangriento!... y otra vez los asaltantes se retiran, enviando hacia su extrema izquierda su batería « Duncán » dispuesta á contener á la caballería del General Álvarez que empezaba á evolucionar.

Los americanos habían sido rechazados también en Casa Mata, y nuestras tropas, en el delirio de su entusiasmo, saltaron los parapetos y á la bayoneta rechazaron á su vez al enemigo! Era de esperarse en esos instantes que la fuerte columna de caballería que á las órdenes del viejo insurgente suriano, general Álvarez, se encontraba sobre el flanco izquierdo americano, cargara, desfilando entre las quebraduras del terreno, para dar rotundo golpe al ejército rechazado; mas por una fatalidad que explica la impericia y la falta de unidad en el mando, como hemos visto en todas las acciones de guerra de esta lamentable etapa histórica, aquella columna de caballería — que si no pudo haber obtenido éxitos, hubiera logrado ejecutar lo bastante para dar al ejército mexicano, si no una victoria definitiva al menos un glorioso episodio de profunda trascendencia moral, — no cargó, y entonces, vueltos á rehacerse los americanos, tornaron al asalto!... Truenan nuestros últimos cañonazos, intentando detener sus bandas, y al fin, unos tras otros van cayendo en su poder el Molino y la Casa Mata, tomando de nuevo la batería tan heroicamente disputada en el fragor de tanta contienda!

La batalla fué una de las más terribles; solamente en la Angostura se desarrolló ímpetu igual al que desple-

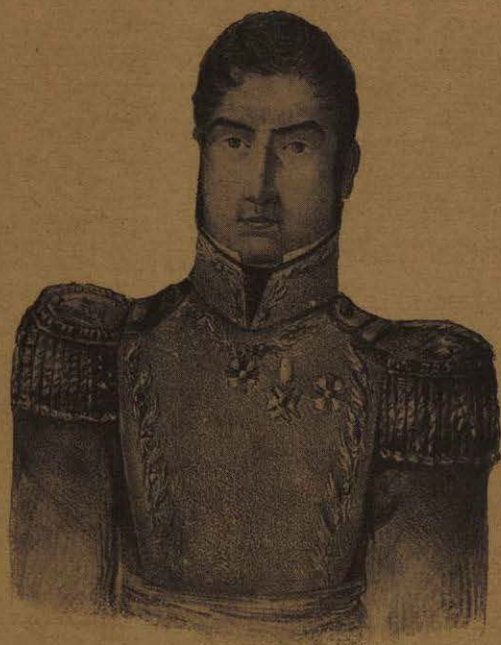
garon los cuerpos mexicanos que saliendo de sus posiciones fortificadas fueron á contener y rechazar las soberbias columnas adversarias!... Hubo refriegas en que jefes y oficiales dieron ejemplo de valor á sus tropas, cayendo épicamente al frente de ellas el bravo general León y los coroneles Balderas y Gelati!... ¡Jamás el ejército americano había sufrido tanto como ante el valor de estos valientes, en el Valle de México!

Á última hora, como siempre, aparecieron las Reservas de Santa Ana, logrando apenas contener, en torno de Chapultepec, las excursiones de los *voluntarios* del enemigo, trabándose combates parciales en los campos que se extendían á uno y otro extremo del bosque y las calzadas. La artillería del Castillo hizo retroceder á las fuerzas americanas las cuales en la tarde tuvieron que evacuar las posiciones que nos conquistaran á tan alto y enorme precio de sangre!



XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC



General León.

XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC

La batalla de Molino del Rey demostró plenamente todo el poder de resistencia de que eran capaces las tropas mexicanas, dirigidas con acierto, entereza y valor... Jornada fué aquella que costó al enemigo torrentes de sangre y varios elementos de guerra, sin lograr obtener las ventajas que merecían semejantes sacrificios.

El general Scott, como dijimos ya, dirigió sus fuerzas contra el Molino del Rey y sus posiciones adyacentes, creyendo adquirir trofeos inestimables y gran cantidad de pólvora, en cuyo concepto, y deseando avanzar por la vía occidental sobre México, amagándolo desde el mismo Chapultepec — golpe de terrible efecto moral sobre el Ejército y la población —, tuvo cruel y profundo desengaño al ver el tristísimo resultado de la batalla que le costó considerables pérdidas. Vió que en los depósitos de Molino del Rey y Casa Mata no había el rico material de guerra que creyó adquirir, ni mucho menos pudo tener con tan arriesgada y sangrienta conquista puntos estratégicos que compensaran la suma de ener-

gias vitales y pecuniarias vertidas en sus operaciones del 8 de Septiembre y las que le precedieron.

Bien sabido es que los generales Worth y Scott tuvieron agrio altercado porque aquél se oponía al proyecto de su general en jefe, juzgándolo inconducente y antiestratégico. Y efectivamente, poco avanzó el caudillo americano después de la sangrienta jornada del Molino del Rey, si se tiene en cuenta que bien pudo evitar aquel choque general, rehuyendo las posiciones sobre las que lanzó sus brigadas, concretándose a tomar Chapultepec, para seguir sin obstáculo hasta la garita occidental de Belem.

Sin embargo, para la causa mexicana la acción de armas que hemos referido fué uno de los últimos desastres, uno de los últimos eslabones trágicos de la lúgubre cadena que, tendiéndose de Oeste á Oriente, limitó las fronteras de nuestra patria, retrocediéndola centenares de millas al Sur.

Nuestras pérdidas en el Molino del Rey fueron terribles, pues cayeron en poder del enemigo, según sus mismos partes, más de 800 hombres, inclusive 51 oficiales, en su mayor parte de la brigada León; pero el adversario sufrió también hondamente, teniendo 58 oficiales y 729 soldados fuera de combate, amén de multitud de prisioneros y dispersos.

Mas si para el enemigo esta jornada fué costosa, para nosotros tuvo un efecto moral decisivo, produciendo el mayor desencanto en la población de la Capital, estremecida dolorosamente por esta catástrofe, no obstante que el general Santa Ana la hizo celebrar como un triunfo, con repiques y dianas!

¡Quería el general en jefe arrojar velos de apoteosis triunfales á sus postreros descalabros!

¡Y pensar que todavía el día 7, en la misma vispera, se convirtió en paseo y regocijamiento público la extensión que ocupaban el Oeste de Chapultepec, los Molinos, la Casa Mata y calzadas de Anzures y la Verónica!... ¡Pensar que de nuevo, después de tan inauditos desastres había sonreído la esperanza de victoria, tanto que la muchedumbre frenética de entusiasmo patriótico, saludó á Santa Ana con gloriosos vivas, redoblando con el griterio universal, las sonoras cajas de guerra, los repiques de las campanas y el rimar flamígero, vibrante y bélico de cien trompetas y clarines!... Triste apoteosis militar de aquel hombre siniestro que tanto había ido amontonando pesadumbres y atroces infortunios sobre la Patria!

.....
¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!...

Resurgía la fatídica palabra, vibrando en todas las clases sociales con chasquidos de látigo vengador que azotara vergonzosamente encorvadas espaldas de esclavos!

¿Por qué, por qué no había cargado la caballería? — se preguntaban peritos y profanos en el arte de la guerra.... ¿por qué Santa Ana desguarnecía siempre las líneas que iban á ser atacadas, y cuando estallaba el conflicto no iba en auxilio de los angustiados combatientes, ó cuando lo hacía era para llegar tarde como en esta batalla á cuyo campo se dirigió á la cabeza del 4.^o Regimiento Ligero, acudiendo sólo á presenciar los estragos de la infausta rota del bosque de Chapultepec?...

Habiéndose retirado los americanos á Tacubaya dejando destacamentos en las posiciones conquistadas,

con artillería ligera y gruesa para batir el bosque y lo alto del cerro, siguióse un duelo de artillería entre la suya y la nuestra, que contestaba dignamente desde la almenada corona del Castillo. Pero al fin los enemigos tuvieron que abandonar el campo, hostigados por nuestros fuegos.

Del 8 al 11, el ejército americano se concretó á reorganizarse, haciendo aprestos desde su Cuartel General que estaba en Tacubaya, para dar un vigoroso asalto contra el Poniente de la ciudad de México. Las tropas enemigas de Tlalpam, Churubusco y Coyoacán, reforzaron en parte á las de San Ángel y Tacubaya, y las avanzadas de las lomas, mientras otras fracciones tenían orden de hacer una demostración de ataque sobre las garitas de San Antonio Abad y la Candelaria.

El general Scott después de haber hecho reconocimientos importantes por las regiones del Sur de la ciudad, se decidió á efectuar el ataque, principalmente por el Oeste, apoderándose de la altura de Chapultepec.

Con este objeto hizo instalar cuatro baterías para que bombardearan el Castillo hásta destrozarlo, produciendo terrible efecto moral entre sus defensores. La primera, compuesta de dos piezas de á dieciséis y un obús de á ocho pulgadas, se instaló en la hacienda de la Condesa para batir el Sur del Castillo, defendiendo sus fuegos al mismo tiempo la calzada de Tacubaya y Chapultepec. La segunda constituida de un cañón de á veinticuatro y un obús de á ocho pulgadas, se situó en la loma del Rey, frente al ángulo S. E. del fuerte; colocándose la tercera, con un cañón de á dieciséis y un obús de á ocho pulgadas, á doscientos cincuenta metros de los molinos; mientras la cuarta, con un grueso obús

de diez pulgadas quedó abrigada dentro del mismo edificio del Molino.

Á estos elementos esenciales que para efectuar el bombardeo acumuló el adversario al Poniente y Sur del Castillo, hay que agregar numerosa artillería de reserva, compuesta en su mayor parte de nuestros mismos cañones de sitio y plaza arrebatados en Cerro Gordo, Churubusco y Padierna, sostenido todo este apresto por densas líneas de infantería, cubiertas por baterías ligeras y Exploradores Ligeros á caballo.

Hábilmente engañó Scott á Santa Ana, haciéndole creer que intentaría el ataque por el Sur de México, enviando á la división Quitman de Coyoacán, á unirse con la de Pillow, *de día*, amenazando las garitas meridionales; pero con orden estos jefes de volver, *en la noche*, con el mayor sigilo y silencio á Tacubaya donde estaba de Cuartel General americano.

El general Twiggs con la brigada Rayler y dos baterías de campaña, quedaron ante dichas garitas en actitud amenazadora.

Nuestro general presidente cayó en el lazo, y al instante que supo lo de las maniobras enemigas contra el Sur de la población, retiró fuerzas de Chapultepec y otros puntos para engrosar sus reservas, dirigiéndose con ellas hacia San Antonio Abad, Niño Perdido y la Candelaria.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas rompieron sus fuegos sobre el bosque y el castillo, produciendo espantosos estragos, y después de que aquéllas rectificaron sus punterías pudieron al fin enviar con el más terrible éxito, sus cohetes á la Congrève, sus granadas y sus bombas de hierro...

Chapultepec apenas estaba defendido por muy lige-

ras obras de fortificación : en el exterior un hornabeque en el camino que va á Tacubaya. En la puerta de la entrada oriental : un parapeto y en la cerca débil é impropia como defensa militar, que entonces rodeaba el bosque por la parte Sur, se construyó una flecha, abriéndose en torno un foso de 7 metros de profundidad. Este debía rodear todo el bosque; pero semejante obra, como otras muchas que se empezaron á ejecutar en una posición que debió haber llamado poderosamente la atención de Santa Ana ante un enemigo que tan bien demostraba su designio de atacar la capital por el Oeste, no quedó terminada, y apenas si se colocaron tablonés y morillos cavándose al derredor algunas cortaduras entre zanja y zanja. Otras flechas tendiéronse al Poniente y al pie del cerro, colocando fogatas y trampas en combinación, por el trayecto que se suponía siguieran las columnas asaltantes.

El recinto del edificio pomposamente llamado *Castillo*, se rodeó en gran parte con parapetos de sacos á tierra y revestimientos de madera, ramajes y adobes, blindándose los techos que cubrían los dormitorios del Colegio Militar y los principales depósitos.

Apenas 7 piezas de artillería defendían esta posición tan descuidada, en suma, por Santa Ana : dos de á veinticuatro, una de á ocho, tres de campaña de á cuatro y un obús de á sesenta y ocho.

Era el jefe del punto el ilustre y benemérito general Don Nicolás Bravo, quien tenía como segundo al general Mariano Monterde, contando con una guarnición de tropas bisoñas y desmoralizadas, que á la hora del conflicto sumaban unos 800 hombres los que se distribuyeron en las obras del bosque y en la propia defensa del edificio, en lo alto del cerro.

En vano el general Bravo hizo ver á Santa Ana lo peligroso que era abandonar la posición al cuidado de tropas reducidas y de mala calidad, (contingente de reclutas indígenas de varios Estados) á los que no se supo ó no se pudo, ó tal vez no se quiso, ni se intentó, hacer penetrar en sus conciencias la fé patriótica, enderezando el viejo temple heroico de su raza hacia el denuedo provechosísimo de una gran resistencia ante el Invasor.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas principiaron el bombardeo sobre el bosque y el llamado *Castillo*, contestando sus fuegos muy escasamente nuestra pobre artillería.

Al principio, fueron nulos los efectos de los primeros disparos dirigidos contra el fuerte; pero muy pronto los jefes ingenieros del enemigo rectificaron sus punterías, y durante todo el día cayó sobre Chapultepec una lluvia de granadas, bombas y cohetes á la Congreve, produciendo estragos espantosos en el material de las fortificaciones y en la escasa tropa que las guarnecía. Hubo necesidad de retirar gran parte de ella para que no sufriera impunemente tan mortíferos fuegos, colocando tras del cerro, hacia el Oriente, á todos los defensores que no pertenecían á la artillería y á los no empleados en las obras de defensa. El enemigo mantuvo en el aire una bomba, en toda la jornada del día 12, terminando la actividad de sus baterías a obscurecer.

En la noche, mientras el general Nicolás Bravo urgía con desesperación, como ya indicamos, por que se reforzaran las tropas de su mando con parte de las reservas intactas que Santa Ana llevaba de un

extremo á otro de la ciudad y sus contornos, sin que, por supuesto, el jefe del punto fuera atendido, el general Scott combinaba sus últimas evoluciones que debían preparar el asalto de Chapultepec.

Apenas se inició la terrible noche del 12 al 13, cuando se comprendió en un instante los desastres ocasionados por el bombardeo, el que según el plan del enemigo, había desmantelado cuanto pudiera servir para operar una resistencia, si no imposible de ser domada, al menos gloriosa para nuestras armas y costosisima para el asaltante.

Á última hora se efectuaron las reparaciones más urgentes, aprovechando las tinieblas, no sin que entre tanto desertaran reclutas, indígenas incapaces de comprender la trascendencia y la ignominia de su acción frente al enemigo, atribulados y desmoralizadísimos como estaban, y sobre todo sin que hubieran surgido voces inteligentes y patrióticas que les hiciesen luz en sus pobres cerebros ensombrecidos.

Algo reanimó el general abatimiento en aquella noche, la presencia, á lo lejos, de una fuerza del Estado de México que llegaba á reforzar las del Valle, al mando del mismo Gobernador Don Francisco M. Olaguibel, perseguida por algunos escuadrones americanos que no se atrevían á atacarla.

Aquellas tropas, unidas á ciertas fracciones de la caballería del general Álvarez, que vagaba tristemente é inútil, por los campos occidentales, debía ser de un gran efecto táctico á retaguardia de las divisiones enemigas que, desprendiéndose de sus posiciones de Molino del Rey y adyacentes, irían á dar los fulminantes asaltos contra el quebrantado Chapultepec.

Mas, por desgracia, se repitieron las mismas, las

eternas faltas de esta lamentable campaña. Hubo órdenes y contraórdenes del general presidente; fatigóse á la tropa sin resultado práctico: tras mil evoluciones tuvo que entrar aquel auxilio del Estado de México, á la capital, lo mismo que las reservas y el pomposo Estado Mayor del general Santa Ana.

Para cooperar á la defensa del Castillo, se dispusieron en la falda del cerro, por la parte Oeste que era entonces la más accesible, unas fogatas de barrenos de pólvora, que no llegaron á encenderse por no bajar á tiempo el teniente de artillería encargado de hacerlas estallar.

Al amanecer del día 13, el enemigo principió más activo que el día anterior el bombardeo, desde las posiciones de Molino del Rey y la batería del Sur. Á las seis de la mañana, el general Bravo comunicó al Ministro de la Guerra la desertión de gran parte de sus tropas desmoralizadísimas por los estragos y sangre que causara la artillería enemiga, encareciendo la necesidad de que se cambiara su fuerza por cualquiera otra en diferentes circunstancias. Santa Ana insistió en no enviarle auxilio alguno hasta la hora del asalto.

Entonces Bravo, sabiendo que la brigada de reserva del general Rangel se hallaba al Oriente muy inmediata, solicitó de éste algún refuerzo, pero se le contestó que no era posible, sin orden del general presidente.

Á las nueve de la mañana, el enemigo lanzó sobre el bosque tres columnas de asalto, una por la parte occidental y las otras á derecha é izquierda, llevando á su frente secciones de Zapadores con palas, barretas, hachas y escalas.

Los americanos avanzaron con resolución, haciendo

á trechos certeras descargas de rifle sobre los parapetos del bosque, donde nuestros escasos soldados respondieron con su fusilería á los gritos de ¡viva México! Al llegar á ellos trabóse desesperada refriega al arma blanca, mas los defensores fueron arrollados por el impulso de aquella masa superior erizada de bayonetas penetrando al bosque las columnas. En estos instantes el general Santa Ana, no obstante el último aviso apremiante de Bravo, se contentó con enviar por todo refuerzo al Castillo, al batallón de San Blas al mando del bizarro teniente coronel Santiago Xicotencatl.

Esta fuerza no tuvo tiempo de subir al Castillo; pero su jefe con admirable denuedo y energía, la tendió entre el bosque, oponiéndose al desemboque de las columnas asaltantes, rompiendo al punto sus fuegos sobre ellas. Entretanto, otra sección americana se dirigía hacia el Norte, amagando la calzada de Anzures, con el intento de llamar la atención de nuestro general en jefe que se encontraba con la brigada Lombardini y el batallón Hidalgo en la calzada de Belén. Otra demostración semejante efectuaba al mismo tiempo el enemigo sobre la calzada de la Condesa.

Y he ahí á Santa Ana dando órdenes y contraórdenes á sus fuerzas de reserva, mandándolas de un lado á otro, inútilmente, mientras el verdadero asalto sobre el Castillo desarrollaba en el bosque espantosa tragedia de sangre y fuego; mientras el batallón « San Blas » rodeado por enemigos superiores caía épicamente al pie del cerro, muriendo la mayor parte de sus oficiales y soldados lo mismo que su valiente jefe, cuyo nombre célebre Xicotencatl quedó otra vez inmortalizado!... Bajo la alta bóveda de los viejos ahuehuetes, en medio

de una aureola de fuego, nubes de pólvora, relámpagos de sables y bayonetas, cae el héroe envuelto en su bandera atravesado por veinte balas, gritando: ¡Viva México!

El enemigo subió por la rampa y por las partes practicables, aprovechándose de las asperezas, rocas y arbustos del cerro, para hacer fuego tras ellos, en tanto que de las defensas que rodeaban el Castillo brotaban las descargas de sus defensores, deteniendo á los asaltantes. Reforzados éstos por nuevas tropas, llegaron bajo una granizada de plomo hasta el edificio que coronaba la altura, donde todavía encontraron heroica resistencia en los alumnos del Colegio Militar, quienes tuvieron la gloria espléndida de ser los últimos que hicieron morder el polvo al Invasor en aquella jornada!

Éstos, no obstante la orden de retirarse que les había dado el general Bravo, prefirieron morir con honra; y desde que aparecieron á su alcance los enemigos, estuvieron haciendo fuego desesperadamente, y cuando cayó la mayor parte del Colegio, se retiraron con algunos soldados, al jardín que quedaba sobre el velador donde fueron hechos prisioneros.

¡Eterna es la gloria de aquellos niños héroes que admiraron al enemigo con su entereza de bronce, honrando la Bandera de su Patria y sellando con luz de sol, — luz roja de crepúsculo trágico, luz roja como su sangre — la Leyenda del augusto Chapultepec!

¡Qué noble orgullo para los jóvenes alumnos del Colegio Militar de México, iniciarse en la bizarra carrera de las armas, en una Academia cuya historia splende con tan sublime página! ¡Qué aliento para seguir á

través de catástrofes y obstáculos, recordando el sacrificio de los valientes niños!

Murieron defendiendo el último reducto del Colegio Militar, los siguientes alumnos cuyos nombres no debemos olvidar nunca: Teniente Juan de la Barrera y los subtenientes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia; y siendo heridos el subteniente Pablo Banuet y los alumnos de fila Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero. Quedaron prisioneros con el general Monterde, director del Colegio, los capitanes Francisco Jiménez y Domingo Alvarado; los tenientes Manuel Alemán, Agustín Díaz, Luis Díaz, Fernando Poucel, Joaquín Argaiz, José Espinosa y Agustín Peza, y los subtenientes Miguel Poucel, Ignacio Peza y Amado Camacho, con el sargento Teófilo Nores, el cabo José Cuellar, el tambor Simón Álvarez, el corneta Antonio Rodríguez, y 37 alumnos de fila.

Tomado el Castillo, hecho prisionero su jefe, el general Bravo, llegaron nuevas fuerzas americanas á la posición, que eran las que habían atacado vigorosamente á la derecha de la línea organizada por Santa Ana y que sostuvieron reñidos combates por entre el acueducto y la calzada. La brigada del general Rangel resistió el choque hasta que empujada por enemigo superior, tuvo que ceder abandonando su reducida artillería, retirándose á las Garitas de la Capital.

El enemigo quedó pues, nuevamente victorioso en estos últimos combates, no sin que su triunfo le costara sangrientos sacrificios, perdiendo la quinta parte de su fuerza, dejando bajo las hermosas enramadas de Chapultepec ensangrentada, muerta ó herida la flor magnífica, de su oficialidad!

¡Y también quedaron bajo el antiguo bosque de *Moctezuma* y *Netzahualcoyotl*, aquellos radiantes jóvenes mexicanos, — alumnos del *Colegio Militar*, eternamente glorioso en los Anales patrios, — sucumbiendo en la refriega heroica, de cara al Deber, mirando al Cielo!...



LOS ÚLTIMOS COMBATES

En dos columnas se retiraron las dispersas secciones que sobrevivieron á los combates del bosque y sus alrededores, uniéndose á las tropas de reserva de Santa Ana, tomando una por la calzada de Belén y la otra por la de la Verónica.

Santa Ana organizó esta retirada, dispuesto á resistir en las garitas occidentales de la ciudad, Belén, San Cosme y la Candelaria, apoyándose en la Ciudadela.

El general Scott había considerado que, dada la condición de nuestras tropas, después del asalto y toma de Chapultepec, debía proseguir sin pérdida de tiempo las operaciones agresivas de sus columnas contra las puertas occidentales de México, embistiéndolas con el mayor brío.

Al efecto, hizo avanzar la columna de Worth hacia el Norte, por las calzadas de la Verónica y San Cosme, en tanto que caía contra el Oriente la columna de Quittman, avanzando por la calzada de Belén. Entre estas garitas y las de Chapultepec había un reduto

sin foso en el puente de los Insurgentes; en la calzada de San Cosme: una obra defensiva — el pequeño fortín de Santo Tomás — y en la calzada que conducía á San Fernando, un pobre parapeto con malas piezas de artillería, contando todos estos puntos con guarniciones escasas, faltas de parque y careciendo de jefes que obraran bajo un plan superior determinado.

No obstante, había tras aquellas fortificaciones, á donde llegaran vencidas las tropas que en la mañana lucharan en el Oeste, ciudadanos y gente del pueblo que se presentaban espontáneamente, dispuestos á defender su honor y su Patria hasta el último trance.

Por su parte, el enemigo siguió avanzando, y la brigada de Worth fué detenida un instante por nuestra caballería, frente á Santo Tomás, verificándose breve, pero encarnizada lucha.

El general Quittman, á su vez, atacó el acueducto de Belén, soltando sus columnas sobre aquella calzada, sostenidas por baterías ligeras.

En las posiciones de la Garita de Romita, mientras la Tlaxpana resistía gallardamente, hubo serios combates; mas por desgracia nuestros ingenieros habían construido trincheras precisamente bajo los arcos de dura mampostería del portalón de entrada, lo que observado por el enemigo, hizo dirigir los fuegos de sus gruesos cañones contra las claves de los tales arcos, produciendo, como era natural, desmoronamientos feroces sobre los mismos defensores, á los que llovían enormes pedruscos, cual copiosa metralla. Bravos jefes, oficiales y soldados cayeron víctimas de la torpeza de nuestros ingenieros, acrecentando la derrota de las mexicanas fuerzas. La Garita tuvo que ser abandonada, replegándose sus tropas á la Ciuda-

dela, hacia donde el vencedor dirigió sus fuegos bombardeándola furiosamente.

En la garita de San Cosme el combate era también fatal, reinando atroz confusión entre las tropas que ocupaban en torno de la garita, cercas, casas, huertas, potreros y capillas, revolviéndose tras las zanjas, muros y trincheras, jefes, oficiales y soldados de cuerpos de línea y de Guardia Nacional, con paisanos patriotas anhelantes de lucha, deseosos de tener el orgullo de batirse; pero faltos de dirección, y sobre todo, ejecutando sus movimientos sin cohesión ni armonía. ¡Oh, inútil valor!...

La brigada del general Rangel que había estado de reserva desde la mañana, á la derecha de Chapultepec, sostuvo con brío hasta el último extremo, en la tarde, la garita de San Cosme.

El Invasor colocó frente al caserío y obras defensivas de aquella posición, á 200 metros, dos cañones de á veinticuatro y dos obuses de grueso calibre, apoyados por secciones de rifles hábilmente ocultos, principiando á desmoronar las cercas y paredes. Y, cuando ya fué imposible la defensa, avanzaron impunemente los americanos, desalojando á la fuerza mexicana la cual tuvo que ir á reconcentrarse á su vez, á la Ciudadela.

Todo había sido inútil contra aquel enemigo victorioso, que jamás atacaba sin desorganizar nuestras fuerzas, previamente, y con superior artillería. Y en efecto, sus disparos hicieron infructuosa la carga que intentó la caballería del general Torrejón, antes de que cayera la garita de San Cosme.

El general Santa Ana había intentado dirigir la defensa de San Cosme, y pasaba de una á otra garita,

de uno á otro puesto, tratando de reorganizar la defensa, hasta que, tomadas de flanco las posiciones de San Cosme, perdido el parapeto central, tuvo que dar la orden de concentración general hacia la Ciudadela al expirar la tarde siniestra de aquel 13 de septiembre de 1847!

Momentos después, los enemigos siguieron su movimiento de avance hacia la plazuela de San Fernando, cuyo Convento ocuparon, estableciéndose sólidamente en él, enfilando las calles circunvecinas con baterías respetables que en la noche saludaron amenazadoramente á la ciudad, capital de la extensa República codiciada, con algunas bombas, balas rasas de cañón y salvas de cohetes á la Congreve.

Entretanto, el general Santa Ana, en uno de los salones de la Ciudadela, reunía una Junta de Guerra á la que asistieron generales y jefes de aquel menguado jirón de ejército mexicano, reducido tras de tantos desastres y por tantas miserias, á una impotencia absoluta, enconada siniestramente por todas nuestras rencorosas pasiones políticas que ofuscaron el poder de heroica resistencia de que hubiera sido capaz nuestra Milicia!

En aquella Junta de Guerra vibró el tema solemne de la evacuación de la plaza de México por el Ejército; en ella hablaron exaltadísimos, el general Santa Ana que optó por la salida definitiva y silenciosa de las tropas, y los generales Lombardini, Alcorta y Pérez, apoyando con gran cúmulo de razones esta determinación, y el Gobernador del Estado de México, Francisco Modesto de Olaguíbel, quien manifestó que se pensara muy seriamente en el terrible cargo que podría

resultar al jefe del ejército mexicano por el abandono de la Capital, y que por lo tanto, esta cuestión debía resolverse en Palacio con asistencia de Ministros y mayor número de jefes. Por fin triunfó la determinación de Santa Ana, y el Ejército salió aquella noche sigilosamente, compuesto de unos 5,000 infantes y cerca de 4,000 hombres de caballería, intacta ésta, por no haber combatido en toda la campaña.

Así fué cómo el vecindario de México que había dormido en la creencia de que el Ejército defendería la ciudad calle por calle, según la arrogante promesa del general presidente, se encontró en poder del Ene-migo invasor, al amanecer del 14 de septiembre.

¡Entonces los mexicanos comprendieron que todo estaba perdido! ¡Era un lóbrego eclipse nacional, oh Patria!

